

Abel Valdés A.

Domingo Melfi

Ha caído Domingo Melfi, envuelto en la racha fatal que en los meses iniciales de 1946, se ha llevado a un grupo de los más distinguidos escritores y periodistas chilenos: Armando Donoso, Juan Espinosa, Augusto Ovalle, y él que, en la hora de su fallecimiento prematuro dirigía con unánime aplauso, el diario «La Nación».

Aunque no había nacido en Chile, pocos escritores de más auténtica raigambre nacional que Melfi. Su interés, su pasión intelectual, su pasión humana estuvo durante toda su existencia abocada a cosas de Chile, a los problemas chilenos, al desenvolvimiento histórico y social de nuestra patria en el curso de su historia.

No era un historiador, ni pretendió serlo. Realizó en sus libros una clase de literatura que no ha tenido gran desenvolvimiento en las naciones latinas, pero que en los países sajones ha dado origen a obras eternas y perdurables. Nos referimos al ensayo; a este género, casi imposible de definir y de encerrar en lími-

tes precisos; a este género único que participa de la novela, de la crítica, de la divagación filosófica, del estudio sociológico, de la investigación histórica; que es todo eso, y algo más, el «algo» misterioso e imperceptible que coloca en cada ensayo la especial inquietud del autor.

El género se adaptaba como ninguno al espíritu mismo de Melfi, ondulante, vago, impreciso, eternamente solicitado por un interés universal hacia las cosas del espíritu, pero sin tiempo, sin recursos o sin método para afrontar la obra orgánica definitiva. Sus estudios de literatura chilena quedaron en el primer tomo, único de los publicados. Posteriormente «El viaje literario», presentó otra modalidad del ánimo cambiante del autor. Y los demás libros son la expresión de una mente alerta, de un espíritu vigoroso, de una sensibilidad rica, de una inquietud permanente, que la muerte tronchó cuando todavía podía ofrecer a las letras chilenas, una cosecha rica y generosa.

Porque Melfi, fué por encima de todas sus actuaciones un escritor. Su título profesional de dentista, solamente le sirvió para comprobar que no había perdido los años de sus estudios universitarios en la facultad respectiva, pero su pasión de hombre de letras lo llevó a seguir su vocación, y a consagrarse a ella con exclusividad, con esa exclusividad que en países como el nuestro se confunde sin dificultades, con el más puro y auténtico heroísmo. Desde sus primeras colaboraciones en «La Mañana» de Talca y en «Ju-

ventud», la revista de los estudiantes de Santiago, con la firma de Julián Sorel, el héroe sthendaliano, demostró una auténtica vocación de escritor que en el curso de los años no desmintió jamás, hasta el día mismo de su muerte, en que se ocupaba de escribir algunas dedicatorias a su último libro, fresco todavía de tinta de imprenta.

Dentro de su vocación, cabe reflexionar ante su tumba, abierta prematuramente, en lo que a él más interesaba en todos sus libros, en el problema que más hondamente le preocupó a través de sus ensayos, de sus crónicas, de sus viajes por el país y fuera de él; la misión del escritor en una nación como Chile, y en general en los países jóvenes de Sudamérica.

Si existe tal misión, no puede negarse que impone a sus servidores, a quienes la cumplen, una existencia desprovista de los halagos y satisfacciones más usuales de la vida, en nuestras jóvenes naciones americanas, en que la colectividad toda está más atenta al logro y satisfacción de finalidades inmediatamente materiales, antes que a la consecución de realizaciones espirituales. En países de vieja cultura, pongamos por caso las naciones de Europa, con excepción de España, los escritores ocupan una situación especial de consideración y de relieve que no se les otorga en la mayoría de las naciones de América, con la excepción bien acentuada de Colombia. En América las situaciones de relieve las ocupan, en primer término los dueños de bienes materiales, poseedores de grandes fortunas, hechas por

ellos o heredadas, e inmediatamente después, o al lado de ellos, los que mantienen una intervención directa en política, esto es, en el Gobierno o en el Congreso. Desgraciadamente entre nosotros, ni los poderosos del dinero, ni los poderosos de la política, por lo general, se interesan por las manifestaciones del espíritu, y de esta suerte, la vida de los escritores, que no son nada más, pero nada menos, que escritores, debe transcurrir sin que puedan obtener ninguna de las satisfacciones no solamente espirituales, sino que aun materiales, que quedan al alcance de muchos palurdos de ínfimo valor.

La frase de Larra, amarga y justa para los escritores de España, hace más de un siglo: «En España, los escritores debemos llorar y traducir...», con leves variantes puede aplicarse a muchas naciones americanas, donde al escritor se le exprime en los periódicos, sin dejarle la posibilidad de realizar una vida intelectual, dedicada por entero a la manifestación de sus más hondas inquietudes propias, porque no hay un medio que recoja con interés el fruto de su labor. Enrique Méndez Calzada, uno de los más interesantes escritores argentinos de este siglo, pudo afirmar con entera convicción, de que en su patria el escritor debía resignarse a que no lo leyeran, a que no lo consideraran, a que no lo tomaran en cuenta, en una palabra, a que lo ignoraran la mayoría de sus compatriotas, y quizás si hasta sus mejores amigos. Pues bien, resignarse a una existencia en tales condiciones, tiene en la Argentina y en Chile y dondequiera que ocurra, todos

los ribetes de un heroísmo silencioso, permanente y admirable.

Don Benjamín Vicuña Mackenna, a mediados del siglo XIX, escribió entre otras cosas acertadas una afirmación tremenda. Dijo en una de sus cartas que en Chile no se leía, que la gente no adquiriría libros (por lo menos de autores chilenos) y que solamente aceptaba los libros como regalo, y «siempre que estuvieran empastados...». Es cierto que la situación ha mejorado algo, desde la afirmación de don Benjamín, pero aun en Chile nos encontramos muy lejos de hacer justicia al pensador, al escritor, al intelectual, en una palabra al hombre que durante su existencia opera en un plano cerebral, conceptual, abstracto y que no vende artículos materiales, sean de fierro enlozado o de otro género de materiales.

A mi juicio, el valor más alto de Melfi en nuestras letras, es el que señalamos: no fué nada más que un escritor, ni nada menos tampoco. Su vida entera estuvo enderezada a dignificar su profesión, a situarla en el plano de respetabilidad, de elevación, de nobleza que le es propia y en que debe colocársele, y aunque no fuera sino por ello—descontada su producción literaria, toda ella interesante, bien concebida, bien escrita—todos los chilenos que creemos que los valores del espíritu, son los más altos que pueden deparar la existencia, le debemos no solamente el recuerdo de la amistad, sino la más honda y sincera gratitud.